

sita educacion que las distingue, es una gracia más: estas damas tratarán de mil nonadas, pero lo verificarán con tal primor y gusto refinado, que el hombre más severo y exigente hallará en su conversacion y porte, ameno esparcimiento y sociedad apetecible. Entre señoras vulgares ó poco discretas, la frivolidad se convertirá en una verdadera mortificacion para todo el que frivolo no sea: estas señoras, sin arte y sin ingenio, rebajando méritos y añadiendo lunares, criticarán al amigo ó la amiga ausentes, á la rival envidiada, al desconocido afortunado; se ocuparán de modas y de alhajas; ponderarán las excelencias ó las torpezas de sus criados; referirán entre otras prosáicas nimiedades los secretos de la cocina, tratando cada una de imponer sus gustos á las demas; sin dárseles un ardite de si tal conversacion divierte ó fastidia á los oyentes, y alejando de su trato á toda persona medianamente superior ó distinguida. Y así descendiendo por el termómetro de la educacion y el buen sentido, llegaremos á tal grado que la frivolidad se haga insoportable, ó nos mueva á compasion, ó nos incline á suponer que Darwin no anduvo tan descaminado al darnos en calidad de ilustres ascendientes, todo un árbol genealógico de orangutanes.

Pero, como quiera que sea y de quien quiera que se trate, cuando la frivolidad se hace permanente; cuando nos acompaña á todas horas, en todos los lugares y en todos los actos de la vida, no sólo resulta insoportable, sino que se convierte en un mal gravísimo para el individuo y la familia, para la sociedad, la dicha y el progreso de las naciones. En el individuo engendra la vagancia, la inaccion, el vicio y tal vez el crimen; en la familia, una serie de disgustos domésticos que alteran la paz del hogar y traen con frecuencia su ruina; en la sociedad, mil compromisos y rivalidades redundando casi siempre en notable perjuicio de unos y de otros; en el Estado, la disolucion de las costumbres, el extravío del sentido moral, la afeminacion de los caracteres y una decadencia general que suele precipitar á las naciones hasta el fondo del abismo. Baste á convencernos de esta verdad un solo ejemplo al alcance de todo lector regularmente instruido: mientras la antigua Roma fué virtuosa, viril y sensata, creciendo en poderio, acabó por dictar leyes al mundo; cuando se encenagó en el vicio y los placeres, cuando enloqueció y afeminóse, cuando en una palabra, se hizo frivola, derrumbóse con horrible estrépito aquella portentosa civilizacion, para servir de sangriento despojo á las salvajes hordas de los bárbaros del Norte.

¡Ah! Si las mujeres, base de toda civilizacion, meditaran con sereno entendimiento los deberes que pesan sobre ellas serian menos frivolas. Pero la mujer, criatura de licada y tierna, casi nos atrevemos á decir irresponsable,

porque no se la educa ni se la instruye convenientemente, raras veces se entrega á una meditacion seria y provechosa, y por lo regular, habiendo recorrido todas las edades de su vida y desempeñado todas las funciones de su noble ministerio, en el último trance entrega á Dios un alma tan infantil ó poco ménos que la del niño á quien ella misma diera á luz.

La mujer, por educacion, por temperamento, por su belleza y por las culpas de los hombres, ha de resultar necesariamente frivola; viene á ser la espuma del oleaje en ese turbulento mar humano, donde es un hombre cada ola, un tumulto cada embate y cada viento una pasion. La mujer como la espuma, ligera, hermosa y transitoria, flota tambien como la espuma sobre las humanas olas que la fraguan, la envuelven, la arrastran y deshacen á su antojo. Si, la mujer es el lado frívolo de la especie humana, como la espuma es la frivolidad del océano. Y cuando este último se halla en perfecta calma, la espuma que de él surge es nula ó muy escasa. Pues bien, suprimid la frivolidad de la mujer, espumad, como si fuera un puchero, el mar humano, y éste quedará convertido, como vulgarmente se dice, en una balsa de aceite. Entonces reinará la paz en todas las esferas; nacerán hombres aptos para todas las cosas; florecerán las ciencias y las artes; adquirirán extraordinario desarrollo la industria y el comercio; no será la virtud una palabra vana ó la careta del hipócrita, y las naciones, montadas en los briosos corceles del progreso, se acercarán considerablemente á Dios, foco de toda virtud y de toda perfeccion. Tal es la influencia favorable ó adversa de la mujer en toda sociedad civilizada.

Si la frivolidad es insoportable y nociva en la mujer, en el hombre ¿qué será? Hombres hay tan casquivanos y ligeros, que creen reducido su destino á volar de dama en dama, y de espectáculo en espectáculo, como la mariposa de flor en flor; á rizarse el pelo y á ponerse la corbata, como si el alma y el entendimiento les hubieran sido otorgados para emplearlos en tales vanidades; hombres que, semejantes á débiles mujeres, os hablan del baston, del dije ó del caballo, como pudiera hablaros Galileo del movimiento de la tierra ó de las oscilaciones de la péndola; hombres que queriendo con vosotros rivalizar en elegancia, no en talento ni en virtud, os preguntan con vivísimo interes por la calidad, el corte de vuestro traje y por el sastre cuya tijera lo cortara. Estos hombres, como quiera que si engendran hijos no cuidan de educarlos, y llegan algunas veces á ignorar si los engendraron, resultan poco ménos que inofensivos, extremadamente ridiculos y despreciables en grado sumo. A pesar de ello, triste es decirlo, estos hombres suelen ser de los que más gustan á las mujeres, porque conforme ya dijimos ántes, *Dios los cria y ellos se juntan.*